

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 El sentido del trabajo
- Ludovico Videla* 6 Complejidad del problema del trabajo
- Toon Vandevelde* 16 Trabajo y autorealización
- Nikolaus Lobkowitz* 26 El sentido cristiano del trabajo
- Jorge Saltor* 37 Conocimiento y trabajo
- Hernán Zucchi* 45 La culminación de la *vita activa* en Hannah Arendt
- Cristina Corti Maderna* 55 La mujer y el trabajo
- Alberto Usieto-Blanco* 67 Presentación del Documento sobre la situación económica y social en Alemania
- 69 Documento: Secciones sobre trabajo y desempleo
- Etienne Perrot* 91 El porvenir del estado - Providencia

Trabajo y autorealización del hombre

*por Toon Vandeveldde**

El hombre en cuanto trabajador: nada más seductor que la concepción según la cual el trabajo sería una constante antropológica. ¿No ha estado siempre el hombre forzado a trabajar para (sobre) vivir? ¿No es el trabajo parte de su naturaleza fundamental? Cuando uno se distancia aunque sea poco de nuestra forma de sociedad occidental, que en efecto, está en gran parte estructurada en torno al trabajo, pronto se da cuenta de que esta concepción no es tan evidente como lo parece. La importancia y la significación del trabajo varían mucho según el contexto cultural y social en el que los hombres despliegan sus actividades. Sin embargo yo querría poner de manifiesto que la participación en el trabajo, sea como empleado, sea como independiente, constituye en la sociedad de hoy una condición necesaria, aunque insuficiente, del éxito en la vida. Ciertamente, el sentido de la vida no reside exclusivamente en el trabajo, pero entre las actividades que permiten a los hombres realizarse, el trabajo ocupa sin embargo un lugar importante en la constelación social actual.

Concepciones premodernas

Estamos demasiado inclinados a aplicar a otros mundos las categorías por medio de las cuales entendemos habitualmente a nuestro mundo. He aquí el punto de partida de Marshall Sahlins en su famoso libro sobre la economía de los pueblos primitivos (Sahlins, 1972). Confiesa que él mismo no llega a evitar un cierto grado de etnocentrismo en sus investigaciones sobre la economía del neolítico, cuando, por ejemplo, intenta saber cuánto tiempo dedican al trabajo esas tribus primitivas, es decir a la recolección y preparación de alimentos o a la fabricación de ins-

** Toon Vandeveldde, es profesor en el Instituto de Filosofía y en el centro de Economía y Ética de la Universidad Católica de Lovaina. Ha publicado libros y artículos principalmente en el dominio de la ética económica, por ejemplo sobre la justicia entre las generaciones y entre los grupos coetáneos, sobre la filosofía de la seguridad social y sobre la filosofía del dinero.*

trumentos. ¿Cómo se puede aislar actividades económicas en sociedades holistas donde "lo económico" está incorporado en conjuntos de significación culturales y simbólicos mucho más vastos? ¿La caza y la pesca son un juego, un deporte o un trabajo en esas sociedades? Nada de esto, sin duda. ¿Y qué se ha de decir del hecho de que los pedazos más bellos de los animales capturados sean destinados al sacrificio? ¿O del hecho de que se arrojen negligentemente después de usarlos, instrumentos cuya reproducción cueste el mayor esfuerzo?

Desde el punto de vista histórico, la medida del tiempo de trabajo, la introducción del reloj en el taller, constituye una innovación importante, que ha inaugurado el comienzo de la modernidad (Thompson, 1967). A partir de ese momento, el domicilio y el taller, la vida y el trabajo coinciden cada vez menos, lo que requiere una forma de disciplina del trabajo completamente nueva (Foucault, 1975). Donde, en un contexto social menos diferenciado, esta separación no se opera, se hacen también sin duda esfuerzos para proveer a la propia subsistencia, pero el sentido de esas actividades es totalmente diferente. Incumbe a los niños africanos la tarea de ahuyentar a los pájaros de los campos recién sembrados, de guardar el ganado, de buscar agua y leña, pero esos trabajos no se pueden comparar con el trabajo infantil que se practicaba en la industria textil de la región de Alost (Bélgica) en el S XIX, y tal cual se practica todavía actualmente en la fabricación de tapices en Pakistán.

Sahlins ha comprobado que las tribus nómadas primitivas que han sido objeto de sus investigaciones, no trabajan más de tres horas por día para subvenir a sus necesidades. Al limitar sus apetitos, esas gentes se crean una verdadera sociedad de abundancia. El progreso de la revolución neolítica parece haber consistido sobre todo en que el hombre se puso a trabajar la tierra de un modo siempre más activo y encarnizado. A partir de ese momento, el trabajo es considerado de más en más como una lucha penosa con la naturaleza.

Los filósofos griegos, por ejemplo, tenían una idea negativa del trabajo. Para ellos, la vida no tiene sentido sino en la medida en que el hombre logra escapar de la necesidad. La libertad en ese dominio significa concretamente tener tiempo libre. El hombre se realiza, no en, sino fuera del trabajo, superándose a sí mismo. El que es capaz de producir grandes discursos y realizar grandes cosas en las asambleas o en el campo de batalla, permanece como hombre excepcional en la memoria de sus conciudadanos. Tal héroe alcanza la inmortalidad, el atributo por excelencia de los dioses (Arendt, 1960). Por el contrario, el que prefiere la su-

pervivencia a una muerte heroica prueba por ello que no merece la libertad y está destinado a llegar a ser esclavo. Sociológicamente, el trabajo indispensable para la subsistencia era sobre todo cosa de esclavos, de mujeres y de extranjeros en la Grecia antigua. Gracias a ellos una minoría puede ocuparse de lo que es realmente importante, por ejemplo, de la filosofía y de las actividades políticas. Aristóteles entrevió en un momento la posibilidad de que autómatas reemplacen a los esclavos, pero en el S. IV antes de J.C. esta idea sigue siendo extravagante. Aristóteles invoca igualmente una razón de principio para despreciar el trabajo, distinguiendo entre la *praxis* y la *poiesis*. Las actividades en el dominio de la *poiesis* ("hacer") tienen su objetivo fuera de sí mismas. El trabajo productivo está al servicio del uso. La *praxis*, por el contrario, el obrar, tiene su fin en sí misma. Conversar, practicar la filosofía o la política, amar o vivir son actividades que poseen un valor intrínseco. El arte de fabricar una flauta es inferior al arte de tocar la flauta. Traducido en términos actuales: la perspectiva del consumidor es superior a la del productor. En consecuencia, el oficio de escultor, de pintor o de tejedor no despierta ninguna admiración, es considerado como cosa normal. También una teoría del valor-trabajo no interesa casi a la filosofía griega.

La actitud de la tradición judeo-cristiana hacia el trabajo es mucho más positiva. El paraíso terrestre no es presentado como un período en que el hombre estuviera dispensado de trabajar: "El Señor Dios tomó al hombre y lo estableció en el jardín del Eden para cultivar el suelo y guardarlo"(Génesis 2, 15). El trabajo como tal no es maldito, sino el trabajo después de la caída. Yahweh viene como libertador de la esclavitud, pero no libera a los hombres de la obligación de trabajar. Por el contrario, el hombre que trabaja continúa el trabajo creador de Dios. El proceso del trabajo refleja el proceso creador divino. El trabajo no es solamente una carga pesada, presenta igualmente un aspecto creador y aún festivo. El sentido de la vida no se encuentra sin embargo exclusivamente en el trabajo. Dios impone al hombre a todo hombre y no sólo a una casta privilegiada un alternar de trabajo y tiempo libre. Como Dios se complació en su creación, el hombre debe reservar tiempo para descansar y gozar de su existencia: de ahí la prohibición de trabajar el día del Sabbat.

En otro contexto, el trabajo del hombre está asociado, no a la fácil actividad creadora de Dios, sino al trabajo y al esfuerzo que marcan la tarea del Salvador y el rescate de los pecados. Jesús lleva los pecados de la humanidad como una carga. Trae la salvación asumiendo El mismo el sufrimiento humano. Entonces el trabajo y la esclavitud de los hombres quedan incorporados igualmente a la acción salvífica de Dios (Molt-

mann). Como lo ha mostrado Max Weber, el protestantismo ha acentuado más la actitud positiva hacia el trabajo, la sociedad y el ahorro. El calvinismo sobre todo habría estimulado el nacimiento del capitalismo.

La ideología del trabajo

Uno de los cambios de perspectiva más notable que inauguran los tiempos modernos es el aumento del interés de los grandes pensadores por la vida cotidiana de la gente. Mientras que en el pasado, sólo retenían la atención las cosas de lo alto, lo espiritual, ahora comienza a manifestarse, por ejemplo, una sensibilidad frente al sufrimiento corporal, al dolor que puede afectar al hombre (luego también al animal). El hecho que los pequeños paisanos y agricultores estaban sujetos a una ruda labor y, en caso de mala cosecha, reducidos a la miseria, fue considerado durante siglos como una condición inherente a la naturaleza de las cosas. Ningún intelectual u hombre de estado se preocupaba verdaderamente de ello. En período de hambre, las porciones de los señores eran sin duda menos abundantes, pero en general se encontraba el modo de compensar esto por desgravaciones. En su libro sobre la caída de Haile Salassie, el periodista polaco Kapuszinski describe cómo esa manera de pensar era todavía natural en el imperio etíope. Estudios empíricos comparativos sobre las concepciones espontáneas de la justicia muestran que numerosos miembros de la minoría rectora africana piensan todavía hoy del mismo modo. Pero para De la Boétie, Montaigne, Rousseau, Adam Smith y los primeros utilitarios esto no era tan evidente. Aquí se perfila un pensamiento progresista que se da como objetivo eliminar o aliviar en lo posible el dolor y la carga de la existencia (Taylor, 1989).

En el S. XIX nace una verdadera ideología del trabajo, lo que es paradójal, dado que, precisamente en esa época, las condiciones del trabajo en la industria llegan a ser inhumanas. Sin duda, el obrero no debe sufrir porque la naturaleza o un señor feudal lo obliguen a ello, pero en adelante está obligado a seguir el ritmo de la máquina. El conocimiento profesional cultivado en las gildas medievales, es reemplazado por la producción en serie. Esto llega en el S. XX a un condicionamiento masivo del hombre productor y consumidor por una mega-máquina técnico-económica a la que es casi imposible escapar (Illich, 1973, Latouche, 1995).

Entretanto, los primeros economistas, Marx sobre todo, han conducido la ideología del trabajo hacia una apoteosis. El trabajo llega a ser una noción compleja, que presenta una amalgama de elementos objetivos y utópicos, de verdad y de fantasía. Smith y Ricardo valorizan al tra-

bajo sobre todo como factor productivo: la división del trabajo contribuye al crecimiento de la riqueza social. Los liberales ven en él un factor de emancipación individual: la posibilidad de vender su propio trabajo en el mercado libra a los obreros de la dependencia personal y del vasallaje feudal. Hegel y Marx proponen al hombre la tarea heroica de civilizar al mundo, de humanizar la naturaleza. Para los filósofos alemanes del S. XIX, el trabajo es una forma de cultura (Bildung). En los dos casos, en efecto, el hombre realiza sus posibilidades. El trabajo se transforma en el símbolo de la libre creatividad que, en las relaciones de trabajo en vigor, se encuentra todavía en un estado de sub-desarrollo, pero alcanza su desarrollo pleno en una sociedad futura más equitativa. Por el trabajo, el hombre se realiza a sí mismo y colabora con la edificación de la sociedad. Así el trabajo se vuelve sinónimo de humanización: es la actividad humana más fundamental. En la visión marxista, esto supone que se ponga fin a la alienación del trabajo que corre pareja con el salariado.

En realidad, han prevalecido los social-demócratas. Ellos eran de opinión que para crear una sociedad más justa, no se debía suprimir, sino transformar al asalariado. El que acepta el estatuto de asalariado, llega a un poder de compra y de consumo (siempre más grande) y se protege contra los riesgos mayores de la vida: enfermedad, invalidez, accidentes de trabajo, desocupación, vejez. El trabajo, o mejor el trabajo asalariado, llega a ser en la sociedad occidental, un eslabón esencial en la distribución de los ingresos y en la protección estatutaria. Progresivamente, se llega a considerar la explotación de la mano de obra como un mal menor que la exclusión de las ventajas estatutarias del trabajo asalariado (Meda, 1995). Mientras hay prácticamente pleno empleo en los países ricos de Occidente (o del Norte), la explotación es un problema exterior que no suscita demasiada inquietud. Pero he aquí que a los "treinta gloriosas" (1945-1975) suceden años de escasez. La "crisis económica" no implica una baja de la producción pero, en cambio, ella pesa sobre el mecanismo que regula la distribución de esta riqueza entre la población. Además, a consecuencia de la internalización de los circuitos económicos, este problema adquiere dimensiones mundiales: una mano de obra cada vez más reducida basta para la producción de cantidades cada vez más grandes de mercaderías, mientras que la distribución de esta riqueza es cada vez más cuestionada y cuestionable. El trabajo de un número incalculable de pequeños paisanos en el tercer mundo, pero también en Polonia y aún entre nosotros, tiene escasísimo valor en el mercado mundial.

Trabajo y autorealización

La ideología del trabajo es una amalgama de verdad y de fanta-

sía. Está vinculada a una idea del progreso exaltada y fantasmagórica. La humanización del mundo, tan aplaudida por ella, implica la transformación del hombre y de la naturaleza en fuerzas de producción, con todos los efectos secundarios que derivan de ella: así la idea de adueñarse de la naturaleza ha creado un problema ecológico que escapa a todo dominio. También la presión ejercida sobre los empleados se transforma, pero no disminuye: en adelante ella toma la forma menos de fatiga física que de estrés. Pero al mismo tiempo, la ideología del trabajo se ha realizado también. En nuestras sociedades capitalistas desarrolladas, el trabajo ha llegado a ser más que nunca una fuente de riqueza y de prestigio para el individuo. En un mundo unificado por el deseo de mejorar su propia posición, de enriquecerse y de procurarse los objetos prescindibles de la sociedad de consumo, el trabajo no pagado o poco productivo, las actividades de cuidado, por ejemplo, son poco apreciadas. Ciertamente existen ingresos de sustitución, pero aún un subsidio universal sólo constituye un consuelo para los que no pueden conseguir nada mejor.

Además, el trabajo no tiene sólo una significación instrumental, no es una carga que se asume con vistas al consumo. Se vinculan igualmente al trabajo importantes ventajas no monetarias, que le confieren un valor intrínseco para el hombre.

Tres argumentos sostienen esta tesis: En primer lugar está el argumento "comunitario". El trabajo integra al hombre en un ámbito social. "Debes ir a trabajar". Es para mucha gente un modo de escapar al aislamiento. Sobre todo en una sociedad en la que se asiste a la desintegración cada vez más rápida de la familia, esto tiene su importancia. Aún donde a primera vista las condiciones de trabajo son monótonas, degradantes, donde ellas aíslan al hombre, crean a menudo relaciones sociales sólidas. Investigaciones sociológicas han establecido que la significación no-monetaria o no-instrumental del trabajo es apreciada sobre todo por la mano de obra altamente calificada, sin que esta dimensión esté ausente en la experiencia de los otros trabajadores.

En segundo lugar, el trabajo da una estructura a la vida de todos los días. Sólo el que debe ir a trabajar, puede apreciar el tiempo libre. En general, quien no está obligado al trabajo, no hace nada. Una libertad sin límites llega pronto a la alienación. Sin duda, algunas personas pueden no necesitar ese modo de estructuración externa de su tiempo. Puede ser que un autor genial no llegue a escribir nada si no tiene la posibilidad de seguir su propio ritmo, pero de todos modos también él estará obligado a cumplir los contratos y los plazos en que se ha comprometido. Por lo demás el hecho de que un principio no valga para un genio, no significa que él no valga para el común de los mortales.

En tercer lugar, el trabajo es de una importancia primordial para la realización propia. Las actividades en las que el hombre se realiza a sí mismo tienen especialmente una estructura temporal típica: inicialmente ellas exigen un esfuerzo muy grande que sólo será recompensado al final. En cambio, las actividades de consumo presentan igualmente una estructura temporal específica: al principio, se experimenta una satisfacción muy grande, vinculada sobre todo a nuevas experiencias de consumo, pero pronto se habitúa uno a ellas. Entonces se pone a la búsqueda de nuevas sensaciones, lo que no impide que una vida volcada únicamente al consumo sea a la larga apagada y vacía. El hombre no es "una máquina de placer" (Nozick, 1974). Lo que le interesa, no es tanto la utilidad o el placer como tales, sino una satisfacción obtenida de manera determinada. No se construye una vida atrayente, interesante y llena de sentido siguiendo los senderos de la menor resistencia. A menudo el deseo del hombre es movilizado mayormente por la resistencia que presenta un objeto, que por su facultad de satisfacernos.

Ahora bien, el trabajo formal asalariado o independiente no es el único camino para realizarse a sí mismo. Realizaciones deportivas o artísticas pueden igualmente contribuir a ello. Artistas que vivan exclusivamente para y de su arte y no venden nunca una sola obra, deberán sin duda afrontar grandes dificultades psicológicas. Una vida totalmente "autónoma", en la que el hombre no debe tener en cuenta a los otros, es impensable y, por lo demás, indeseable. Una sociedad en la que cada uno puede vivir como quiere, no es una buena sociedad. Una buena sociedad es aquella en la que los hombres son estimulados a expandirse, a realizarse tanto como sea posible, y aún a superarse. Para esto no se debe necesariamente dedicarse a actividades remuneradas. Es posible también dilatarse en tareas domésticas o en los cuidados que se dedican a los niños, a los enfermos, o a las personas de edad o disminuídas. Es preciso entonces una definición amplia del concepto de trabajo para cubrir todas las actividades que contribuyen a la socialización y a la realización de sí. Así Philippe Van Parijs define como trabajo a toda actividad dirigida hacia la producción de una ventaja (no necesariamente un bien material) externa al ejercicio de esta actividad misma (Van Parijs, 137-138). El trabajo procura entonces un resultado útil para los otros. Esto implica que una política de empleo que no permite a la gente hacer cosas útiles no contribuye a su realización propia.

Si no se puede subestimar la importancia de las actividades informales, es cierto sin embargo que en nuestra sociedad, el trabajo formal o remunerado ocupa un lugar muy especial entre las actividades que dan sentido a la vida. El que empieza a trabajar, experimenta a menudo gran-

des dificultades. Sólo a la larga se siente uno integrado en su medio de trabajo y estimado por su saber, su competencia o sus talentos de organización. Así se adquiere un cierto orgullo de ello. Un hombre no llega a ser sí mismo sino en la medida en que cuenta con los otros: el respeto de sí supone el respeto de los otros. Además, el respeto de sí es el fundamento de toda apertura hacia los valores. Sin una cierta estima de sí, el hombre es incapaz de tener estima por nada. El trabajo es la condición de toda estima de sí y por tanto de todo sentido de los valores (Elster, 1998). Sin duda, nuestra sociedad es bastante rica para acordar subsidios a un número elevado de personas que no son útiles en el mundo del trabajo, subsidios que les permiten vivir modestamente; pero el hombre no puede vivir únicamente como consumidor. Para los jóvenes sobre todo, el trabajo es indispensable para que puedan encontrar su lugar en la sociedad. Una sociedad que declara a una fracción importante de sus ciudadanos, y sobre todo a los jóvenes, que no tiene necesidad de ellos, no tardará en encontrar serias dificultades: violencia, droga, desaliento, anomia y decadencia moral.

Libertad y violencia

Si el trabajo tiene un valor intrínseco, la instalación de una red social destinada a recoger a todos los que no son admitidos en el mundo regular del trabajo o el otorgamiento de un subsidio universal a todos los residentes legales de un país no pueden substituirse o hacer una alternativa a una política de empleo. En mi opinión, un subsidio universal no se justifica si no se llega a demostrar, por ejemplo, que la gente podría hacerse útil más fácilmente, gracias a la desregularización del mercado de trabajo provocada por ese subsidio (Van Trier, 1993). Sin embargo no es totalmente seguro, en las sociedades occidentales de abundancia, que llegaremos un día a ofrecer a todos los que lo desean un empleo a tiempo pleno. La evolución del capitalismo en el mundo desarrollado va más bien en sentido opuesto. La empresa del porvenir no dispondrá quizás sino de un staff muy restringido, cuyos proyectos serán ejecutados por colaboradores independientes dotados de un estatuto muy próximo al de nuestros independientes actuales, y que serán contratados por un periodo más o menos limitado. Si esta evolución no perjudica a los que están bien formados, son creativos o experimentados, al contrario, ella plantea sin duda problemas a la mano de obra no calificada o a las personas menos productivas.

En nuestra sociedad, el trabajo llega a ser atractivo por una mezcla de recompensas pecuniarias, de ventajas estatutarias, de prestigio y

de atracción intrínseca. No es imposible que alguna gente renuncie al deseo de posesión y a las consideraciones de prestigio y llegue a realizarse en actividades "autónomas", que no son valorizadas directamente por el mercado o el poder, pero cuyo valor es reconocido dentro de redes sociales de escala reducida. Muy poca gente aspira en verdad a este ideal en toda su pureza. Una cierta integración en la esfera "heterónoma" del mercado y del trabajo asalariado constituye la mejor garantía para poder desarrollarse también en el dominio de sus actividades autónomas (Gorz, 1988). En el mundo no desarrollado o menos desarrollado, la situación se presenta evidentemente en forma muy distinta. Mientras que entre nosotros el trabajo remunerado ha llegado a ser un privilegio, allí responde todavía mucho más a una urgencia. La floración de actividades informales y toda la creatividad y la inventiva desplegadas en esta ocasión, están menos vinculadas directamente al deseo de realizarse a sí mismo que a la necesidad de sobrevivir. El trabajo de todos los que no llegan a encontrar un empleo en el sector moderno de la economía, es decir el trabajo de la gran mayoría de las personas, es casi sin valor.

En Africa, muy a menudo una jornada de trabajo vale más o menos, igual que una botella de cerveza (producida por una cervecería moderna). No son los productores, agricultores y artesanos, quienes se ven compensados por su trabajo, sino los comerciantes y los especuladores. Esta lógica vale igualmente para el mercado mundial en su totalidad. Por el juego de la libre competencia, el consumidor obtiene su mercadería al precio más ventajoso. Para los productores, esta competencia llevada al extremo tiene consecuencias nefastas. Los centros donde la producción puede hacerse en las condiciones más ventajosas, se desplazan rápidamente, sobre todo cuando se trata de productos que no exigen inversiones demasiado costosas. Un enorme derroche en el dominio del potencial productivo y de la mano de obra calificada, e indirectamente situaciones catastróficas en el nivel ecológico, son las consecuencias de ello. Si se admite que el trabajo y la producción no tienen sólo un valor instrumental, sino también un valor intrínseco, puede decirse que el mercado mundial sirve demasiado los intereses de los consumidores y muy poco los de los productores.

Ahora bien, de hecho, el mercado mundial no está dominado del todo por la libre competencia. Sin duda, un aumento del libre cambio ayudaría a algunos países del tercer mundo. Todavía habría que ver en qué medida ese libre cambio favorecería a los productores directos en esos países. Yo no quiero abogar aquí a favor de medidas proteccionistas, pero sí a favor de una regulación del mercado mundial que acorda-

ra a los productores, en todo el mundo, más tiempo para adaptarse a los cambios de circunstancias y que no favoreciera a los consumidores de modo unilateral.

Traducción: Alberto Espezel Berro

Bibliografía

- Arendt, H. *Vita Activa*, Boom, Amsterdam 1994 (1960).
- Elster, J., 'Is there (or should there be) a Right to Work?' ('¿Hay (o debería haber) un derecho a trabajar?') En: Gutman, A., *Democracy and the Welfare State* (Democracia y el Welfare State), Princeton University Press 1988, p.53-78..
- Foucault, M., *Surveiller et punir - Naissance de la prison* (Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión), Gallimard, Paris 1975.
- Gorz, A., *Métamorphose du travail - Quête du sens* (Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido), Galilée, Paris 1988.
- Illich, I., *La convivialité* (La convivialidad), Seuil, Paris 1973.
- Kapuscinsky, R., *De keizer: macht en ondergang van Ras Tafari Haile Selassie I*. Onze Tijd, Haarlem 1984.
- Latouche, S., *La mégamachine - Raison techno-scientifique, raison économique et mythe du progrès* (La megamaquina - Razon técnico-científica, razón económica y mito del progreso), La Découverte, MAUSS, Paris 1995.
- Méda, D., "La fin de la valeur 'travail'" (El fin del valor 'trabajo'). En *Esprit* agosto-septiembre 1995, p. 75-93.
- Moltmann, J. (ed.), *Recht an Arbeit - Sinn der Arbeit* (Derecho al trabajo - Sentido del trabajo), Chr. Kaiser, Munich 1979.
- Nozick, R., *Anarchy, State and Utopia* (Anarquía, Estado y Utopía), Basic Books, New York 1974.
- Rawls, J., *A Theory of Justice* (Una teoría de la justicia), Oxford University Press 1971.
- Sahlins, M., *Stone Age Economics* (La economía en la Edad de Piedra), Tavistock Publications 1974.
- Taylor, C., *Sources of Self-Making of the Modern Identity*, Cambridge University Press 1989.
- Thomson, E.P. "Temps, travail et capitalisme industriel" ('Tiempo, trabajo y capitalismo industrial') en *Libre*, Payot, Paris 1979 (1967).

más temas...

COMMUNIO 1998

MES DE NOVIEMBRE:
"Las edades de la vida"